



## Chile: ¿Sueños o pesadillas *ante un nuevo siglo?*

Roberto Vega M.

*Director Académico y de Desarrollo, UFT*

Es indudable que el nuevo siglo traerá para Chile nuevos desafíos y nuevas interrogantes. Inquietudes como aquellas que golpearon la conciencia de los chilenos en víspera del siglo XX. En aquel entonces, escritores y políticos denunciaron la presencia de un pesimismo generalizado, la república vivía un sentimiento de que el país estaba en medio de una crisis moral, social y política, de decadencia en las costumbres y en los hábitos, una sensación de apocamiento y hastío. Enrique Mac-Iver se preguntaba: “¿por qué nos detenemos?, ¿qué ataja el poderoso vuelo que había tomado la República y que había conducido a la más atrasada de las colonias españolas a la altura de las primeras naciones hispanoamericanas?”<sup>1</sup>

Hoy día al comenzar el nuevo siglo, se ha instalado en el discurso público una visión más optimista, pensando que “Chile puede ser parte del mundo desarrollado”. Dicho sentimiento nace de los éxitos logrados a partir de los procesos de liberalización y crecimiento económico, la estabilidad política y la apertura internacional reflejada en los distintos Tratados de Libre Comercio firmados con diversas naciones del orbe. El impacto que

estos procesos han significado para la sociedad chilena son tan profundos que aún no han sido dimensionados en toda su magnitud, pero que sin embargo, en lo inmediato, son capaces de inyectar una visión positiva y de seguridad en el camino hacia el progreso.

Ese mismo optimismo obliga a actuar con cierta aceleración, y para ello se invierten grandes sumas de dinero en todos los niveles educacionales. A partir de las sugerencias de la Organización para el Desarrollo y Cooperación Económica (OCDE), se intenta modernizar el aparato estatal, demostrar al mundo que somos un país moderno (“plataforma para los negocios”), confiable y competitivo.

Todos los medios resultan útiles para procurar ser parte de este mundo globalizado, por lo menos en el discurso y en la declaración de intenciones.

En este ensayo, proponemos hacer un recorrido desde los orígenes de la república a partir de la revisión de lo que han afirmado algunos historiadores y escritores acerca de nuestro carácter, para acercarnos al presente,

verificar cuanto hemos cambiado y analizar si estamos efectivamente preparados para convertir el nuevo siglo en una oportunidad de desarrollo.

Claramente la primera revisión se orienta a la descripción de las características del carácter del chileno de la segunda mitad del siglo XIX y parte del siglo XX. En nuestra opinión, sólo desde 1950 en adelante ocurren cambios trascendentes en la visión interna del Ser chileno, haciendo variar su visión acerca de sí mismo e incidiendo en su manera de enfrentar la nueva época, claramente más globalizada, más vertiginosa y más demandante.

### Los Orígenes

No son pocos los historiadores, escritores y literatos que se han encargado de escudriñar nuestro más íntimo ser. Las respuestas y los análisis al respecto han sido variados. En este primer apartado revisaremos los estudios y conclusiones que nos parecen más útiles a nuestro objetivo.

En primer término diremos que el escritor Hernán Godoy en su obra *El Carácter del Chileno*<sup>2</sup>, propone tres factores que habrían incidido en formar nuestra personalidad primaria:

a. El aislamiento geográfico en el que se desarrolló nuestra vida colonial y los inicios de la vida republicana. Dicho aislamiento, sostiene Godoy, habría contribuido a que finalmente tuviésemos desde el origen un alejamiento natural respecto de los grandes centros de discusión cultural y política del mundo. Las innovaciones podían llegarnos con relativo retraso. Este aislamiento nos habría enclaustrado pero a la vez nos dio cierta autonomía. El pensamiento no estuvo tutelado por los grandes movimientos políticos de Europa. El tema propuesto por Godoy, pudiendo ser cierto, nos resulta ahora discutible, puesto que a pesar del alejamiento —que es un hecho real—, no dejan de sorprender los intentos que tuvo el país por replicar exitosas experiencias extranjeras, que en su oportunidad no consideraron

las diferencias culturales, ni tampoco que hay cosas que definitivamente no se pueden importar. Cabría mencionar, sólo a modo de ejemplo, el fracasado Ensayo Federalista de 1826, que pretendía instalar en el país los éxitos de la naciente sociedad estadounidense

b. La resistencia que ofrecieron los araucanos a la dominación española y que mantuvo en estado de guerra a este lejano territorio durante tres siglos. El autor nos propone la guerra como una constante en los inicios de la historia de Chile, lo que supone una actitud vigilante de unos y otros. En esto existe cierta coincidencia entre los autores, que Chile poseería desde su nacimiento una natural aptitud para la Guerra, y ello vendría del mestizaje entre el guerrero araucano y el soldado que vino de la península a conquistar estas tierras.

c. Factor de disciplina de la población en permanente defensa. El factor anterior también habría contribuido a la formación de un mestizaje biológico y cultural lo que dio a nuestro país una homogeneidad étnica de la cual, habrían carecido otras naciones del continente.

El historiador Jaime Eyzaguirre, por su parte, propone que el español que llegó a suelo chileno, tuvo siempre nostalgia por volver al viejo continente, cuestión que logró transmitir a generaciones posteriores. Lo anterior habría dado por resultado una mezcla de sueños y esperanzas, amalgama que pareciera ser a lo menos curiosa: un hombre aislado en el fin del mundo y nostálgico de sus raíces europeas.

Existiría otro factor presente en la conformación de la personalidad nacional, también compartido por historiadores. A saber una cierta aceptación de un "acontecer infausto", efecto producido por una sucesión ininterrumpida de catástrofes naturales, que obligaría a recomenzar la construcción de las ciudades. En palabras de nuestra poetisa Gabriela Mistral, *Chile o una voluntad de ser*, figurando con la expresión la capacidad natural del chileno para asumir los desastres, cierta actitud sumisa que le obliga a pensar que nada es para siempre

y que se debe estar preparado para comenzar de nuevo.

Otro historiador, Francisco Antonio Encina, propone que el transcurrir del siglo XIX vio como se producía lentamente la desaparición del elemento racial meridional frente a la aristocracia castellano-vasca. Todo ellos habría contribuido a configurar los factores psicológicos que presidieron el desarrollo histórico colonial: la raza, el suceder histórico y el medio físico<sup>3</sup>.

El pensamiento Encina (muy discutible a la luz de los conocimientos científicos actuales), reconoce tres grupos hispanos bien definidos: los godos, que enfrentaron la lucha por la conquista, los vascos, de una psicología más tenaz, trabajadores y sobrios, pero que carecían de imaginación; y los meridionales, alegres, imaginativos, vivaces y espontáneos y que habrían terminado por imponerse, dando a la raza una mayor vivacidad y una inteligencia más aguda.

A lo anterior, se podrían agregar las reflexiones del Padre Diego Rosales<sup>4</sup> y del mismo Juan Ignacio Molina<sup>5</sup>. Ambos reconocen en el pueblo araucano notables cualidades de valentía y arrojo, que se habrían venido a sumar a los rasgos ya descritos por Encina, dando por resultado una raza particularmente pujante, pero también llena de vicios y malas costumbres.

Son diversos los autores, que con mayor o menor razón, concluyen que Chile es un pueblo de ancestros y herencia guerrera. Características que sin duda a lo largo de la historia irán sufriendo fuerte mutaciones, especialmente por los efectos de las nuevas oleadas migratorias.

A continuación revisaremos algunas de las fortalezas y debilidades que a nuestro parecer derivaron de este origen ancestral.

### **Nuestras virtudes y defectos más reconocidas en el pasado, ¿y el presente?**

La obra de Alberto Cabero titulada *Chile y los Chilenos*<sup>6</sup>, constituye una buena puerta de entrada para el tema de nuestros defectos y virtudes como sociedad.

Cabero sostiene que el chileno es excesivamente individualista, y que sus preocupaciones se circunscriben, invariablemente, a lo que le concierne en forma directa, cuestión que derivaría en un cierto egoísmo e insensibilidad ante la injusticia o corrupción, especialmente si estas no lo tocan directamente.

Del egoísmo descrito por Cabero pasamos a la envidia, que sería, sin duda, una de las trabas morales más negativas de nuestro carácter. En Chile difícilmente se excusa el éxito ajeno. Esto último está magistralmente descrito en el Manuscrito del Diablo de José Victorino Lastarria<sup>7</sup>, donde se concluye que la envidia constituye un verdadero freno para el avance del país. En su opinión el éxito no se emula, no constituye un aliciente para otros y, en lugar de predominar la voluntad constructiva, nos domina un ambiente gris, chato, sin perspectivas.

El chileno, sostiene el mismo Alberto Cabero, ha desarrollado un agudo ingenio para hallar los aspectos negativos de las cosas y ocultar los positivos. Estos rasgos entorpecen y dificultan el trabajo colectivo, creando fricciones que atentan contra la productividad.

Para Gonzalo Fernández de la Mora<sup>8</sup>, la envidia sería un malestar que se siente ante una felicidad ajena, superior, deseada, inalcanzable e inasimilada. En el caso del chileno se transforma en un fenómeno social anquilosante que sólo permite reunirse para denostar a quién tiene éxito.

Otro rasgo negativo de la idiosincrasia nacional sería el derroche y la imprevisión: históricamente no tendríamos propensión al ahorro y pero sí una aptitud para el consumo desenfrenado cuando las condiciones lo hacen posible. Esto provoca que nuestras tasas de ahorro estén siempre por debajo de lo necesario y que el gasto fiscal sea también tradicionalmente excesivo. Estaríamos en presencia de un problema estructural de la sociedad chilena, que al parecer no ha desaparecido del todo en la actualidad.

Otra tendencia histórica sería el desprecio por las actividades productivas, donde la educación y la elección de los estudios superiores se han orientado

indefectiblemente por las profesiones liberales que otorgan mayor nivel social. Este hecho fue analizado por el notable intelectual, novelista, poeta, filólogo, economista, parlamentario y dirigente político, Zorobabel Rodríguez, en un artículo sobre nuestra inferioridad económica, el cual fue luego retomado por Francisco Antonio Encina (1911) con el mismo título, agregando que el chileno poseía una indesmentible falta de perseverancia, obsesión por la fortuna fácil, incapacidad para el trabajo metódico, debilidad por el espíritu de asociación y el derroche del tiempo.

El individualismo al que se han referido algunos historiadores, ha hecho que la población chilena carezca casi en absoluto de un espíritu o conciencia social. Salvo excepciones (cruzadas solidarias y eventos deportivos), no hay empresas comunes que puedan movilizar a la población tras objetivos específicos de manera prolongada. Esta misma situación, durante el último tiempo, de mayor individualización de la sociedad, ha incidido en que el poder de sugestión de los líderes políticos sea escaso y de corta duración.

Se sostiene, por otra parte, que una de nuestras marcadas actitudes, es el seguimiento y rápida adaptación a los modelos foráneos. Para algunos- como el poeta Nicanor Parra-, es la expresión de un rasgo propio de nuestra adolescencia como nación. En los últimos años - desde 1990 en adelante -, observamos que esta actitud se ha profundizado en la juventud chilena, la que ha evidenciado una capacidad notable para hacerse de las modas, costumbres y hábitos de consumos de las sociedades anglosajonas.

La amnesia ciudadana, sería otra característica a la que historiadores y sociólogos se han referido, lo cual podría deberse a la liviandad con se analiza la realidad, la que por tanto se abandona con facilidad. Seríamos una sociedad para la cual las imágenes se hacen etéreas y son reemplazadas velozmente por lo nuevo. Los medios de comunicación, durante la última década, han leído correctamente este singular hecho, logrando influir en seguir desarrollando la inmensa capacidad de asombro ciudadano y promoviendo, por otra parte, la innata capacidad del olvido.

Los autores piensan que la falta de probidad, no siendo escandalosa como en el resto del continente, se da en todos los niveles sociales, con diversos matices ocultos en el compadrazgo y en los continuos intentos de esconder los actos de corrupción bajo el manto del ingenio y la sagacidad del chileno.

Pero no se piense que el chileno no posee virtudes, por el contrario, aparecen algunos rasgos y características que no podemos dejar de mencionar.

El pueblo chileno sería naturalmente inteligente, aptitud que si bien le permitiría entender con facilidad situaciones y problemas complejos, otorgándole una evidente capacidad de adaptación; no revelaría una profundidad adecuada para el dominio de situaciones abstractas. Vicente Pérez Rosales sostiene "el chileno está dotado de un espíritu más reflexivo que brillante, salvo algunas excepciones, le gusta pensar antes que responder y se deja raras veces sorprender o arrastrar por ideas deslumbrantes cuyo alcance o conveniencia no puede apreciar"<sup>9</sup>.

Ante la carencia de una actitud asociativa, el chileno demuestra como contrapartida actitudes colectivas generosas, que surgen espontáneamente ante el desastre o ante la invitación para participar en campañas solidarias. La televisión y algunos conductores famosos han logrado durante los últimos años éxitos notables en esta materia.

Otra característica positiva - que se engrandece cuando nos corresponde visitar otras naciones de la región -, es el acatamiento de la ley. Existe la voluntad y respeto hacia la gestión pública y la majestad del precepto legal. Conducta que se vincula con otro rasgo importante, como la aspiración al orden, en palabras de Godoy Urzúa: "A veces Chile ha logrado un delicado equilibrio y una admirable síntesis de su voluntad de ser y de su aspiración al orden".<sup>10</sup>

Otras cualidades distintivas serían la gratitud y hospitalidad hacia el extranjero, pero particularmente a los que vienen de latitudes más lejanas. Decimos esto, porque la hospitalidad desaparece cuando el visitante

viene de las fronteras más cercanas. La última oleada migratoria de peruanos, por ejemplo, ha significado observar particulares acciones de desprecio por esas personas.

Una expresión curiosa del carácter del chileno es la serenidad - resignación, conformidad - con que actúa ante la adversidad, tal vez vinculado a lo parco que somos para exteriorizar nuestros sentimientos y el sentido del ridículo.

Jorge Millas, uno de los más preclaros pensadores chilenos, reconoce la mesura y la sobriedad como característica del chileno. "Chile es un país sobrio. Esta sobriedad suya, está en contraste con otros caracteres pueriles de su imagen histórica, es una anticipación de la que ha de ser, sin duda, su personalidad definitiva en los tiempos de razón. En virtud de un sinnúmero de razones geográficas, históricas, raciales, culturales los chilenos ponen en sus cosas siempre la fuerza adecuada para tal efecto...el espíritu nacional es metódico, equilibrado, sereno, contrario a todo exceso"<sup>11</sup>.

El amor a su tierra y la admiración por la naturaleza que le rodea también es una característica del chileno - el ex rector Manuel Montt Balmaceda ha sostenido, a este respecto, que el latino en general no ha logrado históricamente sacudirse enteramente del impacto y la impresión que le provoca la naturaleza -, el nortino se enamoró del desierto, lo mismo ocurre con el sureño, amor extraordinariamente interpretado y evocado por los poemas de Neruda. En las palabras nostálgicas y más antiguas del Padre Manuel Lacunza escritas desde Italia, "sólo saben lo que es Chile quienes lo han perdido".

Chile, indudablemente es reconocido como un país con características propias que lo hacen diferente al resto del Continente. Simón Bolívar lo distinguió al despuntar el siglo XIX: "Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres sencillas de sus virtuosos pobladores, por el ejemplo de sus vecinos los altivos republicanos de la Araucanía, a gozar del bienestar que procuran las dulces y justas leyes de una república. Si una República dura largo tiempo en América, creo que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu

de libertad; los vicios de la vieja Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado y siempre estará fuera del contacto infeccioso del resto de los hombres. Ella no alterará sus leyes, sus costumbres y sus prácticas; conservará la unidad de sus opiniones políticas y religiosas. En una palabra Chile podrá ser libre" (Carta de Simón Bolívar, Kingston, Jamaica, 6 de septiembre de 1815).

Esta rápida revisión de rasgos del carácter del chileno puede servir para que cada lector analice cuanto de esto permanece y cuanto ha mutado en la actualidad más reciente. En nuestra opinión, durante la segunda mitad del siglo XX se produjo una transformación, tal vez la más profunda de nuestra historia, que ha hecho que el chileno haya cambiado invariablemente respecto de sus características más sobresalientes, que lo singularizaron durante el siglo XIX y, por tanto, su actitud ante el nuevo siglo puede llegar a ser distinta y sorprendente.

### **Chile en el desierto de lo real: La Sociedad del Conocimiento**

Si consideramos los rasgos históricos más permanentes del carácter del chileno, es posible pensar que este ha cambiado radicalmente a partir de la segunda mitad del siglo XX. Es probable que este proceso de cambio, como sostienen algunos analistas, alcanza su punto más álgido a partir de la década de los setenta, cuando tiene lugar un quiebre o punto de inflexión en el alma nacional, de signo positivo para algunos y negativo para otros.

Dicho cambio de mentalidad se vio claramente profundizado por los éxitos económicos observados en la década de los noventa. Se ha llegado a sostener que de la actitud apocada y pesimista que ha distinguido históricamente el carácter del chileno, se pasó a una actitud orgullosa y optimista (incluso arrogante), y se mutó desde una sociedad con clara orientación a las cuestiones públicas, a otra caracterizada por un marcado individualismo centrado en el éxito económico y en el placer que produce el consumo.

*"...el desafío que nos impone la modernidad es avanzar en la transformación educacional y cultural más radical que jamás se haya efectuado en Chile. De otro modo, el camino está trazado para nuestro país..."*

Entonces, cabría preguntarse, ¿Chile, mantiene al comenzar un nuevo siglo algunos de los rasgos más característicos de sus orígenes como nación o efectivamente cambió después de la década de los setenta? ¿Las utopías de esos años fueron reemplazadas en los años actuales? ¿La imagen de un Chile que lideraba la educación en América Latina aún está vigente? ¿La modernidad terminó aplastando nuestra identidad, si aceptamos que alguna vez la tuvimos?, ¿Este inicio del nuevo siglo se parece en algo al comienzo del siglo XX, cuando nuestros historiadores y literatos hablaban de decadencia moral y que la patria estaba en crisis?

Los hechos nos señalan que después de la década de los setenta efectivamente estaríamos en presencia de otro Chile. Un Chile que se muestra curiosamente reactivo cuando se trae a la discusión las divisiones de su pasado político reciente. Pero un Chile al que también le gustó el modelo de mercado, que en lo más íntimo reemplazó el paseo por la plaza, o las avenidas de su ciudad, por las seducciones del Mall, adaptándose rápidamente al consumismo y demostrando particular asimilación de hábitos propios de sociedades desarrolladas, apartándose consciente o inconscientemente de su propia identidad.

Resulta evidente que, durante los últimos veinte años, el consumo ha sido central en el cambio de espíritu nacional. En lo inmediato, ha permitido que una parte de la población que antes no podía acceder a determinados bienes y servicios, ahora lo realice sin problemas respaldado por la facilidad del crédito y el dinero plástico. Esta masificación del consumo ha incidido en el mejoramiento de los estándares de calidad de vida y el ciudadano recibe una atención que se eleva exponencialmente. La sociedad chilena en conjunto

aparece más homogénea social y geográficamente. "Como en toda sociedad moderna, en el Chile actual el consumo va mucho más allá de su aspecto material: tiene también una dimensión simbólica. A través del consumo las personas se identifican, se distinguen, se comunican...amplios sectores de la población han accedido, por medio de los objetos que consumen, al imaginario capitalista internacional"<sup>12</sup>.

No cabe duda que las actitudes y la forma de sentir y expresar de los individuos se mantiene en las sociedades por mucho tiempo, no son realidades fáciles de modificar. Pero, en este caso, estamos en presencia de uno de esos grandes cambios conductuales que en las sociedades ocurren a nivel profundo.

A partir de las últimas décadas del siglo XX, los cambios se explican principalmente por la apertura internacional y los notables éxitos económicos alcanzados. Se observa una sociedad más optimista, con más entrega al esfuerzo y a la idea de que el éxito es alcanzable y que los hijos claramente podrán disfrutar de un mejor estándar de vida. Se busca, sin complejos, la diferenciación en los estilos de vida con el vecino, incluso remarcando las diferencias. Existe una clara inclinación por identificarse con el triunfo en todos los ámbitos y se condena abiertamente el fracaso y la derrota.

Desde el punto de vista social -probablemente asociado a la idea que se necesita paz colectiva para el crecimiento individual-, se observa una predisposición al consenso y manifiesto rechazo al debate o la disidencia. Se percibe en términos negativos al político que busca la confrontación, pero también solidarizando con quién es víctima de ataques de "todos" sus adversarios, aún sin coincidir en cuanto a ideas.

Esta nueva estructura de comportamiento social ha sido particularmente aprovechada por los medios de comunicación, que muestran cada vez más independencia de los grupos políticos o ideológicos, creando una industria con vuelo propio, extremadamente competitiva, que intenta ganar la fidelidad del consumidor. La televisión por su parte ha logrado transformar radicalmente el tipo de comunicación que

utilizan los ciudadanos, los políticos, autoridades de gobierno, empresarios y todo tipo actores, cualquiera sea la institución de la que provengan.

Efectivamente, creemos estar frente a un nuevo Chile, con claras diferencias respecto del pasado. Diferencias que al parecer han llegado para quedarse. La nueva sociedad muestra notables cifras en el uso de nuevas tecnologías; con una juventud particularmente diestra en el uso de Internet, en la creación de "blog" y en su incorporación masiva a las redes de "facebook" o "twitter" y a la telefonía celular. En lo cotidiano, transcurridos más de veinte años desde el inicio de la revolución informática con Windows 3.0, los consumidores chilenos comienzan a acostumbrarse no sólo a la presencia creciente de computadores y controles remotos, cajeros automáticos, "e-mail" e Internet, sino también a la extrema variedad de elección de productos y servicios. El mercado y la demanda se han hecho más sofisticados y se ha igualado el acceso a la oferta a través del crédito.

Sin embargo, esa misma sociedad que responde notablemente al uso de los nuevos avances tecnológicos, presenta grandes carencias culturales y educacionales. En este último punto es necesario detenernos dar cuenta de este nuevo Chile.

Por cierto, al dar una mirada al Chile contemporáneo desde un ángulo educacional y cultural, surgen un par de variables muy interesantes que no se deben perder de vista. La primera, es un hecho meritorio que el país haya decidido someterse voluntariamente a pruebas estandarizadas de nivel internacional (SIMCE, PISA, TIMSS y la Internacional Adult Literacy Survey); pero los resultados, por decir lo menos, son desalentadores, especialmente los referidos al nivel de alfabetización adulta, donde un 57% de dicha población no entiende lo que lee o no es capaz de hacer más que inferencias muy básicas, llegándose a un "nivel de insuficiencia para las demandas de la sociedad contemporánea", según sostiene el Informe de la OCDE.

Una segunda variable se refiere a la Encuesta de Consumo Cultural aplicada y dada a conocer por el

Instituto Nacional de Estadísticas en el año 2006, la cual indica que el 60 % de los santiaguinos no ha leído un libro el último año y que un 15.4% de los hogares no posee ningún libro.

### **Más ricos, pero incultos**

Por otra parte, ese mismo Chile post setenta alcanza un notable crecimiento macroeconómico, que llevó al World Economic Forum a decir que "Chile parece haber migrado definitivamente de la región", u otros comentarios que señalaban que nuestra situación económica sobresaliente nos ponía a la altura de los "tigres del Asia". En palabras de Alvaro Vargas Llosa, un país que dado su notable crecimiento debía acostumbrarse a vivir en una "insostenible soledad en el continente". Todo hacia pensar que, a partir de la década de los ochenta, Chile había descubierto, a través del modelo de mercado, un talento oculto por muchos años.

No obstante, la década de los noventa no fue tan auspiciosa como la anterior y por ende volvieron a surgir las dudas sobre si el avance alcanzado fue solo una situación singular o un accidente de la historia y, por tanto, nuestro verdadero ritmo de crecimiento es el que vivimos actualmente. Incluso, para algunos analistas, habría aparecido una actitud pesimista, una sensación de fracaso, de agotamiento, de signos de corrupción, en fin de un estancamiento que podría ser la antesala de una crisis. Esto último asociado a un hecho sobre el cual existe cierto consenso: a saber, que la sociedad chilena tiende a pasar desde la más completa euforia colectiva a una sensación de tristeza y de derrota.

Lo cierto es que este Chile exitoso en lo económico y deficitario en sus soportes culturales y educacionales en el inicio del nuevo siglo, debe empezar a navegar en medio de una realidad de rápida transformación, en una vorágine de modernidad que abruma.

Lo preocupante es la falta de profundidad e indiferencia que se observa ante esta nueva realidad, incluido el mundo político, los liderazgos empresariales y medios

de comunicación. Apenas, diríamos, los cambios son observados con asombro y no como parte de la agenda y la discusión sobre cómo podemos insertarnos de manera productiva en la nueva sociedad del conocimiento, de carácter mundial, como la que estamos viviendo.

La experiencia europea del Modelo Tuning, del acortamiento de la formación de pregrado, con especial énfasis en el desarrollo de competencias, es implementado y acogido por las universidades sin más reflexión que la de querer estar al día, de liderar un cambio en la formación, sin entender en profundidad el porque del cambio, y de que forma nuestra cultura chilena puede adaptarse. Bastaría mencionar que se habla del desarrollo de competencias de los alumnos en todos los niveles de la educación, sin ni siquiera preguntarnos si los que enseñan las competencias (profesores) las poseen o han sido preparados para desarrollarlas en otros. Así mismo, se enseñan competencias (o se cree hacerlo) y no existen las herramientas e instrumentos adecuados para medir su logro y evaluación. En rigor, se busca, por ejemplo, enseñar a hablar en público y se mide el final del proceso a través de una prueba objetiva.

### **Hacia un definitivo cambio de época a nivel global**

Son numerosos los diagnósticos de analistas internacionales, entre otros Fareed Zakaria, Paul Kennedy, Taichi Sakaiya, Francis Fukuyama, Thomas Friedman, Robert Fogel, Robert Kagan, Robert Kaplan, Chris Anderson y Ray Kurzweil, que hablan del cambio de época generado por la tecnología y el advenimiento de mega economías como China e India. En este mismo escenario se señalan que países como el nuestro podrían quedar definitivamente en el balcón y no en medio de la autopista del desarrollo. Uno de esos análisis es el de Thomas Friedman - *El Mundo es Plano* -, el cual a pesar de su trascendencia y de las numerosas discusiones que generó en los medios internacionales, sorpresivamente no fue comentado por ninguno de nuestros líderes. Vanos han sido los esfuerzos de destacados economistas chilenos que residen en el exterior (entre otros Sebastián Edwards, Ricardo Caballero y Eduardo Engel), de

sugerir que los políticos de izquierda y derecha deben realizar un rápido "*aggiornamento*" de sus ideas que les permita comprender el mundo en que nos tocará vivir.

Probablemente la lectura del trabajo de Roberto Fogel<sup>13</sup>, sea aún más dramático para nuestra realidad, puesto que en sus pronósticos acerca de quién dominará la economía y participará del desarrollo hacia mediados del siglo XXI, sostiene que lamentablemente toda América Latina no aparecerá en el circuito de liderazgo mundial. Si, leyó bien, América Latina en su conjunto, ni siquiera un país en particular. Por tanto, señala Fogel, "el continente estará condenado a aparecer en el ítem otros". En ese mismo escenario, sugiere este Premio Nobel, serán las economías del sudeste asiático quienes liderarán el mundo, e incluso algunas de ellas serán, para ese tiempo, las encargadas de promover la democracia liberal. Se entiende entonces el desplazamiento de Estados Unidos y de la propia Europa en este nuevo liderazgo mundial. La clave sugerida por el autor para poder ser parte de ese nuevo escenario, es la consistencia de los países en la aplicación de políticas de privatización, de liberalización económica y, particularmente, la promoción de una educación de calidad que dé sustento a dichos avances.

¿Que queremos decir con todo esto?. Nuestro país, como en el pasado, ha debido enfrentar numerosos desafíos, no obstante, creemos que el escenario que le depara el siglo XXI es el más complejo que le haya tocado vivir.

Resulta ineludible observar que el escenario regional y mundial es distinto, por los múltiples cambios que se están gestando en todos los campos de la vida humana; en el desarrollo de la ciencia y la tecnología, que han revolucionado la organización de los procesos productivos como nunca antes se había visto en la historia; por el acceso y distribución de la información a través del uso de medios informáticos; los cambios en la formas de organización de las economías de los países, que se han agrupado en bloques regionales para obtener mayor ventaja en la competencia internacional; en las dinámicas sociales con efectos paradójicos, como es la coexistencia de la aldea global con la reaparición de etnocentrismos, racismos y actitudes de intolerancia; en la velocidad con que se producen los cambios en los

conocimientos de la ciencia, y cómo estos impactan en la educación y la vida cotidiana de las personas. En palabras de Peter Druker, "Estamos en uno de esos periodos históricos que ocurren cada 200 o 300 años, cuando la gente ya no entiende el mundo y el pasado es insuficiente para explicar el futuro".

Para el siglo XXI, una de las exigencias para nuestra sociedad, inmersa en un proceso de cambio acelerado en todas las esferas de la vida humana, será la transformación profunda de la organización de su educación en general y la educación universitaria en particular. A lo que debemos aspirar para nuestra "sociedad del conocimiento" (si aceptamos esta denominación cada vez más en boga) será el acceso universal a los conocimientos existentes y a los que se van generando. En síntesis, si deseamos competir globalmente necesitamos una sociedad más educada y dotada de las competencias necesarias que nos permitan

un desarrollo sustentable. ¿Será el tiempo de que surja una nueva Utopía?

Finalmente, el desafío que nos impone la modernidad es avanzar en la transformación educacional y cultural más radical que jamás se haya efectuado en Chile. De otro modo, el camino está trazado para nuestro país y vecinos de la región: ser modestos *clientes-consumidores* de la tecnología, la música y las modas de turno y, para los chilenos más inquietos, la de observadores impotentes de cómo avanza la humanidad, sin poder ser actores de esta gran revolución.

Por tanto, el siglo XXI puede ser el cumplimiento de una gran sueño para Chile, la de ser un país desarrollado o, de lo contrario, también transformarse en una pesadilla que puede ser matizada con una mayor capacidad de compra de bienes y servicios de manera irreflexiva, pero acompañada de una sensación de felicidad momentánea.

#### Citas

- 1 "Mac Iver, Enrique, "La crisis moral de la República", en Godoy, Hernan, El carácter chileno, Santiago, Editorial Universitaria, 1991, p. 300.
- 2 Godoy, Hernan, Ob. Cit.
- 3 Encina, Francisco Antonio, Historia de Chile, Santiago, Editorial Nascimento, 1946.
- 4 Rosales, Diego, Historia de Chile, Valparaíso, Imprenta El Mercurio, 1875.
- 5 Molina, Juan Ignacio, Compendio de la historia civil del Reino de Chile, Madrid, 1792.
- 6 Cabero, Alberto, Chile y los chilenos, Santiago, Imprenta Cervantes, 1940.
- 7 Lastarria, José Victorino, El Manuscrito del diablo, Santiago, Ercilla, 1941.
- 8 Fernández, Gonzalo, La envidia igualitaria, Madrid, Planeta, 1984.
- 9 Pérez Rosales, Vicente, Ensayo sobre Chile, Santiago, Imprenta El Ferrocarril, 1859, p. 233.
- 10 Godoy, Hernán, Ob. Cit., p. 519.
- 11 Millas, Jorge, Idea de la individualidad en Chile, Santiago, Prensa de la Universidad de Chile, 1943, pp. 14 a 21.
- 12 Tirón, Eugenio, La irrupción de las masas y el malestar de las elites. Chile en el cambio de siglo, Santiago, Editorial Grijalbo, 1999.
- 13 Fogel, Robert, "Capitalismo y Democracia en 2040: Proyecciones y especulaciones", en NBER Working Paper, n° 13184, junio 2007, Jel n° F47.

#### Bibliográficas

- Friedman, T. (2006). La Tierra es Plana. Madrid, España: Martínez Roca
- Keyserling, H. (1930). Chile en Sudamérica. Meditaciones Sudamericanas. Santiago, Chile: Editorial Zig-Zag.
- Kurzweil, R. (2005). Singularity is Near: When human transcend biology. Nueva York, USA: Viking Press.
- Palacios, N. (1904). Raza Chilena. Valparaíso, Chile: Imprenta y Litografía Alemana
- Picón Salas, M. (1933). Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica. Santiago, Chile: Editorial Ercilla.
- Prensky, M (2004). The emerging on line life of the Digital native: What they do differently because of technology and how they do it. New York, EEUU.